



LA CIUDAD QUE NOS HABITA

Antología del Concurso
Literario Arcilla

Florencia Capitaine
Fausto Couzo Aspitia
(Coords.)

La ciudad que nos habita

*Antología del Concurso
Literario Arcilla*

Florencia Capitaine
Fausto Couzo Aspitia
(Coords.)

••
Área de

Publicaciones

ffyh

Facultad de Filosofía
y Humanidades UNC



Universidad
Nacional
de Córdoba

La ciudad que nos habita. Antología del Concurso Literario Arcilla / Camila Biasotti...[et al.]. - 1a ed. - Córdoba : Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1776-1

1. Literatura. 2. Jóvenes. I. Biasotti, Camila.

CDD A860.9283



Correctora: Candela Páez

Diagramación y diseño: María Bella

2023



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.



Luz en la oscuridad

Por Agustina Gallego Vega

El metal frío del garrote abrazó la piel de mi cuello rojo, la sangre me hervía de bronca. Han tenido que arrastrarme hasta la silla maldita, a fuerza de gritos y patadas. Mis ojos empapados se rehusaban a dejar caer las lágrimas por el orgullo de no demostrar debilidad. Por el orgullo de caer luchando. Porque luchando avancé toda mi vida. No era digno de mí irme sin dar pelea. Mi nombre, completamente defenestrado, circulaba con desprecio en las bocas de mis peores enemigos. No quisieron escuchar mis motivos, no me dieron la oportunidad de vivir para ver mis deseos volverse realidad. Así que ahora, caía peleando. Atado a la madera dura del garrote vil, pero peleando.

Vi miradas compasivas en algunos de los espectadores de mi ejecución. Vi el odio en los ojos de otros. El tiempo se detuvo mientras me ajustaban el collarín de metal al cuello. Solo podía pensar en una cosa. Aunque estuviera a punto de morir sin haberme confesado, aunque no recordara la última vez que había visto el cielo, aunque supiera que nunca iba a ver crecer a mi amada ciudad de Córdoba, mi corazón daba sus últimos latidos susurrando el nombre de mi esposa.

Si quedaban dudas en mi joven alma de la existencia del Señor, ella las destruyó por completo cuando la conocí. Llegué a la conclusión de que solo Dios es capaz de haber creado algo tan bello; y como ella existía, entonces seguramente Dios también. Luisa fue la luz de mis ojos desde que fuimos unidos en santo matrimonio. Es cierto que dicho matrimonio se concertó en un primer momento para beneficio económico, político y social mío. Sin embargo, yo estoy firmemente convencido de que era el plan de Dios desde el principio. Antes, yo era un hombre demasiado enfocado en mi carrera, nunca le dediqué el tiempo a nada que no fuera seguir ascendiendo, explorando, conquistando. Dentro de mí ardía un fuego que no me permitía estar quieto. Sentía la ambición latir en mi pecho, sentía que a cada minuto que pasara me quedaba menos tiempo para hacer *algo*

de mi vida. Enamorarme nunca estuvo en mis planes y mi boda fue una jugada más en el partido de ajedrez en el que se había convertido mi vida. Inesperadamente, mi nueva esposa se volvió la reina de ese mismo partido. La dama. La pieza más importante.

Sus ojos verdes se insertaron como clavos en mi alma, su piel tersa y blanca me hipnotizaba, su voz magnética me perseguía hasta en sueños. Su risa aliviaba mis dolores e iluminaba las noches más oscuras. Siempre creí que el amor de una mujer me distraería de mis objetivos, apagaría mi ambición. Pero el amor de Luisa hacía que ardieran mis preocupaciones y que florecieran las mejores partes de mí. Por ella hubiera recorrido el mundo entero hasta no dejar un centímetro de suelo sin explorar. Le prometí que encontraría un lugar en el que pudiéramos vivir felices juntos, en el que pudiera explotar mi ambición y mis talentos y en el que ella pudiera ser libre y poderosa como merecía serlo. Le prometí una ciudad entera. Con ríos, iglesias, casas y escuelas. Le prometí una familia y una vida llena de amor. Ella me prometió seguirme a donde fuera.

Tuvimos cinco hijos que Luisa crió con dedicación. Mi confianza en ella era ciega. Yo viajaba mucho más de lo que me hubiera gustado, pero las cartas detallando mis aventuras para ella y los niños nunca faltaron. Cuando volvía, los llenaba de tiernos besos y abrazos, jugaba con ellos y exageraba las historias de mis viajes para hacerlos reír. A la noche, antes de dormir, Luisa me contaba todo lo que había sucedido en mi ausencia, las peripecias de nuestros hijos y su vida cotidiana. Mientras ella hablaba, con su cabeza recostada en mi pecho, yo le acariciaba el cabello castaño y pensaba en la paz que sentía al estar con ella. Siendo militar y explorador, mis hogares nunca fueron muy estables y mucho menos hogareños. Sin embargo, Luisa fue mi hogar por los veinte años que estuvimos casados y por eso estaré eternamente agradecido.

Todo esto pensaba mientras la muerte se ceñía sobre mí como las nubes de tormenta se ciñen sobre Córdoba durante el verano. Córdoba era el lugar en donde mi familia estaba destinada a crecer y ser feliz. Cuando llegué a Quisquizacate, “El encuentro de los ríos”, como lo llaman los nativos, la melódica corriente de las aguas y la fertilidad de las alegres tierras le hablaron a mi corazón, y entonces supe que ese sería el paraíso que le había prometido a mi mujer. La

ciudad para mi amada fue construida alrededor del río Suquía y cada vez se expandía más. Perfectamente ubicada, era el punto de confluencia que conectaba todas las rutas importantes. Apostar por ese lugar era apostar por el futuro del Nuevo Mundo. Y eso fue lo que ellos no supieron ver.

No me arrepiento de haber desobedecido las órdenes que me dieron. Córdoba, nombrada por supuesto en honor a la ciudad natal de Luisa, es sin duda el gran logro de mi carrera. Y mi familia con ella, el gran logro de mi vida. El tiempo seguía congelado mientras yo pensaba en mi amada esposa y en la ciudad que llevaba el nombre de su hogar. Sin embargo, mis reflexiones se tiñeron de oscuridad cuando caí en la cuenta de que mi reputación estaba arruinada por la desobediencia (que muchos consideraban traición), y que eso significaría la miseria para toda mi familia, ya que quedarían a cargo del mismo gobernador que me mandó a matar. El dolor del fracaso era incluso más fuerte que la creciente presión del garrote sobre mi cuello. No recordaba cuándo había comenzado a llorar, pero tenía el rostro húmedo por las lágrimas. La sangre latía en mis oídos y mi visión comenzaba a ennegrecerse. No había escapatoria. No había esperanza. La más profunda angustia inundaba mi alma.

—¿Algunas últimas palabras?

La vena de mi frente latía.

—¡Traidor! ¿Algunas últimas palabras?

La injusticia de ser llamado traidor después de tantos años de servicio me quemaba por dentro. El corazón se me iba a salir del pecho.

—Última oportunidad...

El tiempo volvió a detenerse. Luisa me miraba con amor, sentada en el patio de nuestra casa en Córdoba. Seguramente se la quitarían. No la dejarían vivir ahí. No dejarían que mis hijos hereden mis cosas. A pesar de mi evidente intranquilidad, mi esposa sonreía con calma, mientras se balanceaba en una silla mecedora.

—Ay, esposo mío, ¿cómo puede ser que estés tan desesperanzado? —me preguntó con tono de reproche— No te reconozco. Confía en mí. Después de todo, siempre te he sorprendido con mi carácter. Estos contratiempos que te inquietan no son rivales para mí.

Eso era cierto. La esperanza se encendió como una llama perdida en lo más profundo de mi ser. La personalidad de Luisa era algo extraordinario, que me había fascinado desde el primer día. Fuerte, de una voluntad inquebrantable y de valores firmes y correctos. Traté de explicarle.

—Mi Luisa, te amo tanto, pero no sé si esto es algo que tú puedas arreglar. Estoy en las puertas de la Muerte, y mi nombre va a permanecer manchado eternamente.

—Me ofendes, mi amor. Como si yo fuera a dejar que las cosas queden así. Somos un equipo. Yo estoy en tu equipo desde el día en que nos casaron.

Hubiera querido abrazarla, llenarla de besos, pero sabía que la ilusión de hablar con ella antes de morir podía desvanecerse en cualquier momento, así que solo la dejé decirme lo que me hubiera dicho de estar realmente allí.

—Tú me prometiste una familia, una vida, una ciudad, y eso fue lo que me diste. Y yo te prometí que te iba a seguir a donde fuera, y eso fue lo que hice. Estoy a tu lado y, aún más importante, estoy *de* tu lado. Y lo voy a seguir estando aun cuando te obliguen a partir, cuando te arranquen de esta Tierra y de mis brazos. Este virreinato no está listo para mi furia, y no hay poder de Dios que me vaya a frenar si se les ocurre cometer alguna injusticia más. No voy a dejar que tu nombre, ni el mío, sean recordados en la historia con las mentiras que salen de la boca de estos desgraciados. Eso puedes tenerlo por seguro. Ahora, lo que tienes que hacer, *mi amor*, es dejar de llorar como un niño y decir unas últimas palabras que no me avergüencen y me hagan más difícil la tarea de limpiar tu nombre.

Reí ante la última frase, porque las palabras de la Luisa que mi corazón moribundo y nostálgico había proyectado para mí parecían pertenecer a la Luisa de la vida real. La miré con amor y abrí la boca para despedirme, pero me interrumpió.

—Yo también te amo, y yo también te voy a extrañar, mi sol. Ahora, ve, que no puedes perder más tiempo.

Las lágrimas caían de mis ojos mientras la imagen de mi esposa se esfumaba y sentía la presión ascendente del tornillo en mi cuello. La furia y la esperanza se apoderaron de mí cuando llegó el momento de pronunciar mis últimas palabras.

—Cuando se den cuenta de que mi Córdoba es realmente el futuro de este virreinato —clavé mis ojos inyectados de ira y sangre en la cara altiva de los encargados de mi muerte—, quiero que recordéis al hombre que lo supo ver. Esto no es lo último que van a escuchar de mí, porque cuando Córdoba de la Nueva Andalucía sea tan brillante como sé que puede ser, el nombre que os va a atormentar es el de Jerónimo Luis de Cabrera y Toledo. Que Dios os castigue por su maldad, que el mismo Dios sepa darme una oportunidad y que el mismísimo Dios bendiga a Luisa Martel de los Ríos, la luz de mi oscuridad.

El sonido del cuello de Jerónimo Luis de Cabrera al quebrarse aturdió a toda la habitación, que se hallaba sumida en un silencio sepulcral. Los presentes no se atrevían a pronunciar palabra, mientras el eco de las últimas palabras del conquistador todavía flotaba entre ellos. Su cuerpo muerto, tan intimidante como en vida, les reprochaba la injusticia cometida y su nombre se repetía en el aire tenso. Poco sabía ese grupo de oficiales que sus propios nombres serían olvidados, y el del hombre que acababan de matar sería recordado en todos los rincones de la nueva ciudad.

